



Balena, S. A.

Disfrute su día en la playa

# LLEVE LA VERDADERA, LLEVE LA CASERA...

... lleve LA CASERA, que es la gaseosa hecha a conciencia, con productos naturales de primera calidad y embotellada científicamente con agua tratada, para que Ud. y los suyos beban una gaseosa única por su elaboración, insuperable por su pureza... transparente en la botella... burbujeante en el vaso... refrescante en su boca. ¡Exija siempre la verdadera; exija LA CASERA!

Sola o mezclada con vino,

# La Casera

ES UNICA

## los "originales"

LOS originales, según la acepción que se le suele dar hoy a la palabra, deben ser aquellos creadores que no se parecen a nadie ni tienen nada que ver con nadie: los «inventores» de formas más o menos nuevas en el arte, para usar así otra palabra que tiene mucho predicamento en nuestros días.

Cuando se frecuenta a los artistas actuales, uno advierte en seguida que el morbo del originalismo los tiene a casi todos intoxicados en mayor o menor escala. Nadie quiere parecerse a nadie y todos tienen una agudísima sensibilidad para con el posible parecido de los demás respecto a los demás. «Si, Fulano está muy bien, pero lo que hace ya lo ha hecho antes Zutano». Está prohibido parecerse a alguien, lo cual ha desarrollado hasta lo inaudito, en un doble sentido, las antenas policiales de los artistas; de una parte, para descubrir cada uno en sí mismo lo que pudiera haber de similitud con cualquier otro y matarlo o camuflarlo para que la originalidad quede imaculada; de otra, para percibir en los demás lo que hay de falta de originalidad para traducirlo inmediatamente en una falta de importancia.

Si se le observa bien, nos apercebiremos de que ése es un problema absolutamente moderno, es decir, absolutamente de nuestros días. En otros tiempos, el artista no desdénaba ser hijo de padres conocidos, e incluso hacía todo lo posible para que se le viese un aire de familia. Hoy es exactamente al contrario. Habrá que explicarse en otra ocasión cuáles son los resortes sociales e históricos que mueven en el artista de esta hora su desmedido afán de «originalismo». Hoy, apenas si nos queda tiempo para hablar un poco de la originalidad.

Hay un punto en el que, pese a toda la capacidad inventiva de nuestros artistas, su teoría de la originalidad a toda cosa entra en franca contradicción con la realidad: de una parte, quieren ser insólitos, pero, de otra, quieren ser «actuales». Ahora bien, si se es actual es porque se posee algo así como un aire del tiempo que se vive, esto es, un mínimo común de convivencia en un lenguaje común. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, un artista como Manolo Millares no poseyese un mínimo —¡ejánisimo!— común idiomático con Eusebio Sempere? (Deliberadamente pongo el ejemplo más disímil que se me ocurre.) Si se careciese de ese mínimo común identificable, uno de los dos —o tal vez los dos— no sería un artista. Por una razón muy simple: porque uno de los dos no sería actual y todo arte lo es a condición de su rigurosa temporalidad. Pero no nos preocupemos: Millares y Sempere tienen puntos de identidad. Alguna vez he puesto el ejemplo —absurdo— de un posible Jackson Pollock en la época de Holbein. Pues bien, ese Jackson Pollock intempestivo ya no hubiese sido un artista, sino sencillamente una aberración. Por otra cuestión simplísima: porque su lenguaje no habría traducido ninguna realidad de aquel tiempo.

Ahí quería llegar. O sea, que es una realidad que pasa por el tiempo y que, por tanto, es común a todos, la que actualiza, es la que le da sabor de época a una producción artística. ¿El originalismo qué es, entonces? El originalismo es la fundación del arte en el origen de la realidad que se vive, la cual es nueva con respecto a la realidad de ayer, que ya no se vive, y por eso mismo es original —en la actual acepción de la palabra—, porque es necesariamente otra cosa distinta de lo que se hacía y de lo que se vivía. Pero, además de eso, el arte —es decir, la traducción de la realidad a su síntesis significativa— es «tradicional», esto es, se atiene a precedentes ya establecidos, aun cuando los va superando lentamente. Eso es así porque el arte, como la realidad y como la vida misma, sigue las leyes de la evolución orgánica.

Ahora bien —y vuelvo con esto a mi punto de partida—, si la realidad está en la época y en la circunstancia histórica, ¿cómo puede usufructuarla en exclusiva un solo artista, cómo podemos concederle patente de invención a un solo artista, aun cuando haya sido el primero que ha sabido traducirla a síntesis y hacerla arte? «Sí, eso está muy bien, pero eso ya está hecho por Fulano de Tal». Tales palabras deberían estar rigurosamente prohibidas por un inexistente código de la moral artística. Primero, porque el arte no se realiza para hacer lo que no está hecho, sino para testimoniar la realidad colectiva que se vive; segundo, porque toda insistencia en el campo de una misma realidad, si está hecha por un verdadero artista, amplía por eso mismo el campo de testimonio de esa misma realidad.

Cuando se acusa a otro artista de apoyarse en la inventiva magistral de otro, se comete una flagrante injusticia. Porque, aun cuando el maestro haya sido el primero en detectar esa realidad, el hecho de que el segundo haya necesitado expresarse de una manera similar, indica que la misma realidad pasa también por su campo de acción y por su campo de vida, y no es lícito ni honrado sustraerse a ella. Claro está, queda el problema del plagio. Si ambas expresiones fuesen rigurosamente iguales, evidentemente la segunda ya no serviría para nada. Pero estoy hablando de artistas, no de plagiarios.

¿Cuál es la condición para que un artista no sea un plagio cuando se apoya magistralmente en las expresiones de otro? Yo he dicho mil veces que la diferencia entre el verdadero arte y el «academismo» consiste en que el primero opera con problemas y el segundo con soluciones. Pues bien, la condición para que un artista en aquella tesitura no sea un plagio consiste en que tome a la obra magistral como un problema, no como una solución.